



PRIMER SANTUARIO: EL PUEBLO EN CAMINO

PASAJE BÍBLICO

De la primera carta de San Pedro Apóstol (2,4-10)

Al acercarse a él, la piedra viva, rechazada por los hombres pero elegida y preciosa a los ojos de Dios, también ustedes, cual piedras vivas, son edificados como una casa espiritual, para ejercer un sacerdocio santo y ofrecer sacrificios espirituales, agradables a Dios por medio de Jesucristo.

Porque dice la Escritura: Yo pongo en Sión una piedra angular, elegida y preciosa: el que deposita su confianza en ella, no será confundido. Por lo tanto, a ustedes, los que creen, les corresponde el honor. En cambio, para los incrédulos, la piedra que los constructores rechazaron ha llegado a ser la piedra angular: piedra de tropiezo y roca de escándalo.

Ellos tropiezan porque no creen en la Palabra: esa es la suerte que les está reservada. Ustedes, en cambio, son una raza elegida, un sacerdocio real, una nación santa, un pueblo adquirido para anunciar las maravillas de aquel que los llamó de las tinieblas a su admirable luz: ustedes, que antes no eran un pueblo, ahora son el Pueblo de Dios; ustedes que antes no habían obtenido misericordia, ahora la han alcanzado.

Jesús, Palabra del Padre, edifica la comunidad cristiana como un templo vivo. Para el piadoso judío, el concepto de «pueblo de Dios» era algo arraigado en la esencia de su religiosidad, pero también de su vida social. En el Antiguo Testamento los Hebreos son «el pueblo elegido», aquellos que han concertado con Dios una Alianza y son en el mundo signo de la unicidad y de la majestad de este Dios, que se distingue de los ídolos que «tienen boca y no hablan, tienen orejas y no oyen».

Con la venida de Jesús al mundo, Él se convierte en el signo de esta predilección, es «la piedra angular», es Él quien constituye una nueva Alianza. Los creyentes son elegidos, «una raza elegida, un sacerdocio real, una nación santa » para proclamar la grandeza de Dios y su triunfo sobre el mal. La diferencia entre creyente y no creyente será la de sentirse parte de ese «pueblo de Dios», constituido como tal por el sacrificio de Jesús.

ESPIRITUALIDAD

De una carta de Padre Pío a las hermanas Ventrella (Epist. III, p. 563)

Así pues, queridas hijas, vivan siendo dulces y amables a todos, humildes y valientes, puras y sinceras en todo. Qué mejor deseo puedo tener hoy para vosotras, desde el lugar de cautiverio en que me encuentro, para mi y vuestra santificación? Sed como pequeñas abejas espirituales, que no traen en su colmena más que miel y cera; vuestra casa esté llena de dulzura, paz, concordia, humildad y piedad en vuestra conversación; y porque la diversidad de vuestras condiciones puede requerir que a veces yo escriba diferentemente, no obstante la unidad de vuestro fin, que es común a todas, lo haré cuando lo exija la necesidad.

Inmediatamente después de su llegada a San Giovanni Rotondo (septiembre 1916) el padre guardián, el padre Paolino da Casacalenda, le pide al Padre Pío que siga un grupo de terciarias en su formación; Él establece sus reflexiones semanales sobre el conocimiento y la meditación de la palabra de Dios. Por desgracia, después de unos meses, tuvo que partir de San Giovanni Rotondo por la llamada a las armas, por eso, aún desde lejos, siguió guiando por correspondencia a sus hijas espirituales.

Aun considerando el sufrimiento del Padre Pío, somos afortunados porque esta carta nos acompañará en esta y otras catequesis posteriores porque contiene de manera ordenada lo que podríamos imaginar como la primera enseñanza que el Padre Po daba a las hijas espirituales.



Grupos de Oración del Padre Pío de Pietrelcina

«Jesús, aquí está mi esperanza, aquí está la viva fuente de mi felicidad»

Lo primero que pide es que entre ellos haya una vida de comunión: somos Iglesia, una comunidad que se funda en Cristo Jesús, pero que no es algo estático, sino una construcción que hay que enriquecer continuamente como esa colmena en la que las abejas obreras producen cera y miel.

Orar y escucharse juntos

Toda oración es importante ante Dios, porque Él mira el corazón del hombre y sabe ir más allá de las formas y los límites personales. Pero el Padre Pío nos ha enseñado que una oración puede correr el riesgo de convertirse en un monólogo, porque hablamos con Dios, pero no sabemos escucharlo. Hemos reflexionado mucho sobre esto en el texto anterior de formación; recordemos solamente que a las hijas y a los hijos espirituales el Padre Pío recomendaba la meditación de la Palabra de Dios, porque «en la oración somos nosotros los que hablamos con Dios, pero en la meditación es él quien nos habla».

Como grupos de oración, hacemos de la oración de intercesión por nosotros mismos y por los demás el centro de nuestra espiritualidad. Esta oración, sin embargo, debe ser alimentada por una Palabra escuchada y meditada juntos, «como pequeñas abejas», es decir, impulsados por el deseo de construir la colmena, es decir, la comunidad a través de lo que nos dice el Señor.

La imagen de la colmena y las pequeñas abejas obreras que construyen la comunidad con dulzura y fe, nos propone ser una Iglesia que comparte el ansia del tiempo presente, Pero al mismo tiempo la atraviesa y la llena de esperanza con los sentimientos de comunión y solidaridad que hacen de los cristianos el único pueblo de Dios, que toma sobre sí los unos las cargas de los otros (cf. Ga 6,2).

Compartir con los demás la Palabra de Dios edifica la comunidad en el nombre del Espíritu; en el pasaje de la Primera carta de san Pedro que abrió estas reflexiones, se describe a los creyentes como «raza elegida, sacerdocio real, nación consagrada, pueblo de su posesión, destinado a proclamar las grandezas de quien os llamó de las tinieblas a su luz maravillosa».

Ser estirpe, es pertenecer a los demás, tener la misma sangre. La única sangre puede ser fácilmente entendida de manera simbólica para describir la unidad entre los creyentes, pero hay que tener cuidado de que esta unidad no nace del compartir un ideal, una filosofía ni siquiera la misma religión. La única sangre es la de Cristo, nosotros somos - continúa san Pedro - «el pueblo de su posesión, destinado a proclamar las grandezas de quien os llamó de las tinieblas a su luz maravillosa».

Ustedes son la estirpe elegida

Pensar que existimos como el único cuerpo del cual Cristo es la cabeza (como dice san Pablo) requiere un constante camino de comunión hacia una unidad que corre continuamente el riesgo de ser atacada por las mil maneras seductoras de concebir la comunidad. Es necesario convertirse a aquellos valores que son de Cristo, porque - como dice el Padre Pío - él es el «prototipo». No es raro que vivamos tentaciones de signo opuesto, que llevan a romper la unidad en favor de nuestras posiciones y preconceitos a menudo extremos. A veces identificamos los valores con formas y costumbres del pasado. La Iglesia de los apóstoles, de los mártires, de san Francisco o de san Juan Bosco ha sido una Iglesia real, hecha de personas que han encarnado del mejor modo los valores de Cristo y los han expresado hasta el fondo con su modo de ser y su total adhesión al Evangelio.

Padre Pío retoma el concepto bíblico de «elección» para indicar no solo una nueva vida, lejos del pecado y proyectada hacia el futuro de Dios, sino la conciencia que ser Iglesia significa ya no ser nuestros esclavos de un punto de vista o de la autoreferencialidad, sino víctimas ofrecidas por los hermanos y hermanas que caminan con nosotros. Escribe a Raffaelina Cerase: «Ser preferidos, ser elegidos entre una muchedumbre, es saber que esta predilección, que esta elección, ha sido hecha por Dios, sin ningún mérito nuestro, desde la eternidad, *«ante mundi constitutionem»* [antes de la creación del mundo], con el único objetivo de que seamos suyos en el tiempo y en la eternidad, es un misterio tan grande, y al mismo tiempo tan dulce, que el alma, por poco que lo penetre, no puede sino derretirse toda en amor». (*Epist. II*, p. 197).



Sacerdocio real

Las palabras del Padre Pío nos ayudan a releer la experiencia del pueblo elegido, considerando que, como Iglesia, somos el nuevo pueblo de Dios. Con el bautismo cada uno de nosotros ha revivido la liberación de la esclavitud de Egipto y ha recibido en prenda la Tierra prometida. Los sacramentos van más allá del maná del desierto o el paso del Mar Rojo, son el signo de una presencia de Dios en nosotros, que se renueva cada día con el don del Espíritu.

Todos nosotros, en efecto, al igual que los Hebreos estamos llamados a dar nuestra respuesta de fe; mientras su unidad estaba garantizada por el sacerdocio de Aarón, san Pedro dice que somos «Sacerdocio real» porque donde dos o tres están reunidos en nombre de Cristo, Él está entre nosotros, el sumo y eterno Sacerdote.

No será una forma diferente de orar o las celebraciones que animamos lo que nos califique como Grupos de Oración del Padre Pío. Es claro que las citas periódicas y una liturgia bien hecha son un compromiso para nosotros y un signo para la comunidad; pero donar nuestro carisma de Grupos de Oración a la Iglesia significa hacer surgir esa unidad en el Espíritu que debe ser la base de toda oración.

El Concilio Vaticano II en la *Lumen Gentium* - «Sin embargo, fue voluntad de Dios el santificar y salvar a los hombres, no aisladamente, sin conexión alguna de unos con otros, sino constituyendo un pueblo, que le confesara en verdad y le sirviera santamente» (LG, 9). Debemos ser en la Iglesia signo visible de este pueblo en el que actúa el Espíritu que grita: «Abbà, Padre». Es necesario, es decir, que cuando comenzamos a orar, seamos conscientes de que solo junto con la comunidad, sintiéndonos verdaderamente un solo cuerpo con todos, podremos celebrar nuestra fe con ese «sacerdocio real» del que habla san Pedro.

Nación santa

El pueblo judío era un signo de la santidad y fecundidad de Dios entre los demás pueblos. Y este pueblo no era una masa no identificada; las diversas narraciones bíblicas del Éxodo, el libro de los Jueces y dos Libros de los Reyes nos presentan figuras encomiables, sintetizadas luego en las páginas del Sirácida, donde realmente emerge esta fe profunda de personas votadas a ser pueblo de Dios en medio de los paganos.

Como ya sucedió con los grandes Padres de la Biblia, también nosotros somos invitados a menudo por el Santo Padre a estar presentes en nuestro tiempo y en la sociedad en que vivimos, a través de nuestras opciones de vida y nuestra operatividad.

No serán los intentos de protagonismo y autorreferencialidad que hoy como en el pasado han, a veces, ensuciado nuestras comunidades y nuestros testimonios de fe, lo que nos tienen que hacer frenar. Orar juntos, si se hace con verdad y sinceridad, en el pasado hizo que el mismo Señor designara a David, a Pablo, a Barabas o salvar a un inocente por la boca de Daniel.

Juntos somos la nación santa, juntos somos la comunidad que el Espíritu ofrece a nuestra sociedad, no por una revivificación de banales fundamentalismos, sino para ser realmente y concretamente la sal de la tierra y la luz del mundo.

El Santuario de la unidad y de la fraternidad

Es necesario, en este punto, preguntarnos si estamos realmente dispuestos a compartir nuestras vidas. Se proponen aquí algunos interrogantes para vuestra vida comunitaria sobre los cuales estamos invitados a volver con frecuencia durante este año pastoral.

Confrontamos juntos el valor que tiene la Palabra de Dios releída por los demás en nuestra vida? Estamos, además, dispuestos a acoger que el otro o la otra nos diga una palabra que constituya una ocasión de conversión para cada uno de nosotros?



Grupos de Oración del Padre Pío de Pietrelcina
«Jesús, aquí está mi esperanza, aquí está la viva fuente de mi felicidad»

Usamos a menudo la palabra "comunidad en camino". ¿Cuáles pueden ser los signos que indican un cambio en positivo de nuestro ser Grupo de Oración? Realmente nos sentimos parte de la comunidad?

7 de Octubre Entrega del Rosario

ORACIÓN

Acto de confianza a San Pío

Oh glorioso San Pío de Pietrelcina,
Tú que eres el Santo de este nuevo milenio,
tú que eres nuestro amigo,
consuelo de nuestras almas, ayuda de nosotros pecadores,
que por tu sufrimiento
comprendes muy bien el sufrimiento nuestro,
a ti confiamos nuestro espíritu
para que pueda ser capaz de soportar
todas las penas de nuestro corazón;
a ti confiamos la súplica de presentar
nuestra alma a la Virgen de las Gracias
para obtener por el Señor la salvación eterna;
a ti confiamos nuestra petición de intercesión
para obtener de la Bondad divina la gracia.....
que ardientemente deseamos.
Acógenos bajo tu protección,
defiéndenos de las insidias del maligno
e intercede especialmente junto al Altísimo
para que con el perdón de nuestros pecados seamos
perseverantes en el camino del bien.

CANCIÓN